

**Dondo, Gabriel**

*La Belleza : un tema urgente*

V Jornadas Diálogos: Literatura, Estética y Teología, 2013  
Facultad de Filosofía y Letras - UCA

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Dondo, Gabriel. “La Belleza : un tema urgente” [en línea]. Jornadas Diálogos : Literatura, Estética y Teología. La libertad del Espíritu, V, 17-19 septiembre 2013. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires. Disponible en:  
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/belleza-tema-urgente-dondo.pdf> [Fecha de consulta: ....]

## *La Belleza: un tema urgente*

Pbro. Dr. Gabriel Dondo

¿Por qué es la belleza un tema **urgente**?

Una primera razón, elemental: *porque necesitamos belleza*, como el aire para respirar; el hombre no puede estar mucho tiempo sin delectación<sup>1</sup>, sin deleite, sin disfrutar, y eso es lo que ofrece lo que llamamos “belleza”. Lo necesita la inteligencia, el corazón, la capacidad de querer, cada uno de los sentidos: la memoria, la imaginación, la vista, el oído, el gusto...: todo el hombre, en cada una de sus potencias. Ya lo han dicho los clásicos: la buena educación consiste en *complacerse* como es debido; esto es: buscar con seriedad y honradez lo bueno y procurar hacerlo cada vez con más gusto<sup>2</sup>.

Si no se goza con las realidades espirituales, las que ayudan a trascender, las que tienen más valor porque facilitan crecer en el conocimiento y en el amor, en la riqueza interior, habrá un descenso: se irá empobreciendo la misma capacidad, que se dispersará en lo efímero, lo que otorga beneficio inmediato, lo de menos peso. Lo efímero está más cerca: es lo más fácil y gratificante sin esfuerzos.

La íntima insatisfacción que genera –tarde o temprano- ese detenerse en lo que es débil por naturaleza para llenar las ansias reales del hombre, sería la señal del fracaso: de alguna manera, seguiremos añorando y mucho, aunque las apariencias sean otras. No basta el deleite en niveles solo útiles o de rendimiento práctico: hay necesidad de apuntar a lo más grande; a lo que acerque al *absoluto*, para la vida lograda: estamos hablando, nada menos, de lo que queremos hacer con nuestra vida...

---

<sup>1</sup> Dejemos exclamar con tono negativo y desgarrado a Maritain, al referirse al vivir sin pausas en el mundo exageradamente mecanizado: *puesto que no podemos vivir sin delectación, los hombres no tienen otro recurso sino el de aquellas artes y placeres que satisfacen “la bruta curiosidad de un animal”, tanto mejores cuanto mayor estupefacción y olvido sean capaces de producir, cual un sustituto de la ataraxia de los epicúreos. No hay que admirarse, pues, de que los otros géneros de drogas que van desde el alcohol o la marihuana hasta el culto de la Venus carnal, ocupen un lugar cada vez más importante en el proceso de compensación*” Pero luego anima con esta afirmación: “*Mas el proceso de deshumanización a que acabo de aludir puede ser vencido; el arte a este respecto tiene una misión importante que cumplir, pues es el arte el poder más natural de curación y el agente de espiritualización que necesita la comunidad humana*”. Maritain, Jacques, *La poesía y el arte*, Ed Emecé, Buenos Aires, 1955, pág 229.

<sup>2</sup> “*La virtud moral –explica Aristóteles- tiene que ver con placeres y dolores, porque por causa del placer hacemos lo malo y por causa del dolor nos apartamos del bien. De allí la necesidad de haber sido educado de cierto modo ya desde jóvenes, como dice Platón, para poder complacerse y dolerse como es debido; en eso consiste, en efecto, la buena educación*” El subrayado es mío. Cfr. *Ética a Nicómaco*, 1140b 9-15.

Podrá argumentarse que hay personas que –por limitaciones naturales- no añoran sino lo mínimo o liviano. Es cierto, pero allí aparece el desafío y la oportunidad de acompañar al posible crecimiento de esas personas: tienen derecho a que procuremos ayudarles a apuntar a los bienes más valiosos y saludables. Ser persona implica afrontar las relaciones con los otros como actos de servicio: da la impresión de que se trata de una afirmación compartida por todo el que piense con calma sobre la realidad.

Encontramos aquí razones que confirman la urgencia de buscar belleza:

- necesitamos gozar, deleitarnos, disfrutar;
- hay bienes que posibilitan más el enriquecimiento del hombre,
- y –además del empeño personal- parece necesario acompañar a los demás en esa búsqueda.

En segundo lugar, urge el tema por algo sugerido en el párrafo anterior y que ahora aclaramos más: porque es normal que no nos aclaremos sobre dónde reside o puede estar esa belleza. La necesitamos pero, *como no sabemos muy bien dónde está*, nos instalamos en lo que aparece en la fugacidad del momento, y con poco análisis o valoración.

Para avanzar en la identificación de algo tan necesario, se me permitirá partir de un supuesto que brota de la consideración natural de las cosas y que tiene también sabor clásico: *la belleza es esplendor o resplandor de la verdad y el bien*. Se relaciona con lo que las cosas son *de suyo* y con el deseo o apetito que despierta esa realidad: a eso llamamos verdad y bien.<sup>3</sup> En el fondo, gustar de lo bello es amar la verdad y el bien que se nos ofrece y nos rodea. Algo irrenunciable para todo ser humano.

Del bien que me llame por su atractivo, su resplandor, su belleza, y al que me adhiera y yo persiga, surgirá mi desarrollo en la vida. Nos modelamos según unos objetivos, aunque sean débiles, medio conscientes, no totalmente claros... Siempre hay finalidad en la acción humana, y necesitamos que aquello que tiene razón de fin nos “agrade”: por eso se puede afirmar que en la base de toda vida, hay una *opción estética*... De mi encuentro sincero, veraz, valiente, profundo –no banal, epidérmico- con la belleza; de que ese encuentro sea

---

<sup>3</sup> Un comentario de Gadamer: “...*la esencia de lo bello no estriba en su contraposición a la realidad, sino que la belleza, por muy inesperadamente que pueda salirnos al encuentro, es una suerte de garantía de que, en medio de todo el caos de lo real, en medio de todas sus perfecciones, sus maldades, sus finalidades y parcialidades, en medio de todos sus fatales embrollos, la verdad no está en una lejanía inalcanzable, sino que nos sale al encuentro*”. En *La actualidad de lo bello*, Paidós, 1996, pág. 52.

acertado, dé en el blanco, y de mi nivel de adhesión a ella, depende cómo me irá construyendo con el paso de los días.

Y no *todo vale*: basta con observar los resultados prácticos -en la vida- de los fines elegidos: hay que procurar *dar en el blanco* o lo más cerca posible. Las vidas comprometidas en ideales altos y de servicio genuino se distinguen y llenan de esperanza y entusiasmo. Da pena advertir la proliferación de aburrimientos, mediocridades, dramas, hastíos, tragedias, desesperaciones, fracasos, calamidades humanas, producidas por la miserable sustentación en la *ausencia* o la simple “nada”, en la sublimación del yo: el “todo vale” que comentábamos. Insistimos que no parece justo refugiarse en razones superficiales de “menores exigencias” por falta de inclinaciones naturales en tantas personas: “son así”; “no pidamos más e inútilmente”... No se trata, pensamos, de seguir con esa tendencia de “nivelar para abajo”, reduciendo la calidad de la oferta. Es una ofensa a la persona, a su libertad y dignidad: un atentado a su derecho a la felicidad. Se le procura contentar con “pan y circo” y de nivel primario y con fines de mercado o de poder. Si todo esto no se quiere calificar de manipulación, habrá que buscar una terminología alternativa.

Es crucial, urge –entonces- la tarea de discernir la belleza en la realidad, porque ha de intervenir e interviene, de hecho y de alguna manera, en todas nuestras decisiones. Para distinguirla, sugerimos –entonces- una primera convicción: *decidirse a no separarla de la verdad y del bien*; se insistirá en el tema a lo largo de estas páginas. Si la belleza queda como simple revestimiento o caparazón, y no hay una seria opción y tarea de *enraizarla* en esa sustentación sólida, la situación normal será vivir engañados por espejismos: viviremos “comprando” simples trastos y espejitos –que solo entretienen- y pagando con el oro y la plata de nuestras reales potencialidades, que así quedan notoriamente rebajadas.

¿Más explicaciones de esta urgencia? Recordemos unos muy conocidos versos de Eliot<sup>4</sup>:

*¿Dónde está la sabiduría  
que se nos ha perdido en conocimiento?  
¿Dónde está el conocimiento  
que se nos ha perdido en información?*

---

<sup>4</sup> *Where is the wisdom we have lost in knowledge? Where is the knowledge we have lost in information?* TS Eliot: *Coruses from “The Rock”*.

Con la brevedad, belleza y precisión del poeta, se dibuja la línea de fondo de la evolución del trabajo de la inteligencia en la modernidad. Hoy andamos por el último verso: en la vida entretenida por la novedad, la noticia; importa estar informados, tener datos, sumar novedades. Saber no es *sabiduría*, es “estar enterados” y con el uso pronto de toda la tecnología posible. Esta actitud tan generalizada, pone en serio riesgo el acceso a la verdad y al bien: la moda del apuro y el encandilamiento diverso e inmediato, impide la pausa del conocimiento más profundo de la realidad. Y lo que llega rápido es la cáscara, el revestimiento atractivo. Allí acceden de modo primario las potencias humanas menores -los sentidos externos e internos-, y allí se queda *instalada* muchas veces la belleza, en ese nivel frágil y de poca espesura. *Cuesta* pensar y entonces llamo belleza a lo epidérmico, superficial: me quedo en la envoltura. Aquí sólo basta enunciar el problema: es urgente el tema de la belleza, también porque nos movemos en el nivel de la información, que se constituye en base fundamental –y tantas veces lamentable- de las decisiones que se toman.

En el capítulo siguiente procuramos distinguir algunos ámbitos de lo bello según su nivel. Hay más y menos: es evidente. Si vivimos con el encantamiento habitual de la información, –sin darnos mucha cuenta- vamos perdiendo mucha *noticia* de verdades más fuertes, y decrece la calidad de vida. Por eso es urgente también aclararse sobre la belleza: porque hay mucho engaño y limitación en la novedad inmediata, y nadie puede aceptar una vida llevada así por lo muchas veces débil y engañoso, y no simplemente tolerado sino constituido en base de las decisiones. Se impone con mucha facilidad la simpleza –o el drama- del prejuicio y de la moda.

Se podrá argumentar que ese acento en las formas, los modos, el método, también significa una oportunidad de enaltecer ciertas virtudes que hacen a la buena convivencia. Es cierto: en todo paso que damos los hombres, conviene rescatar lo positivo que puede haber allí. Pero la fragilidad del planteamiento de fondo -¡la belleza es más que una caparazón amable!- nos confirma en la urgencia de aclararnos en la necesaria sustentación de lo que calificamos como bello y nos atrae.

Se nos ocurre otra razón para explicar la urgencia del tema. Que en niveles importantes del pensamiento rector y vigente –por ejemplo en el ambiente artístico- se fue llegando a una expresa *negación de la belleza*. Es real, y procuraremos ilustrarlo más

adelante, que para bastantes personas “la belleza sólo es chuchería exótica del pasado burgués”<sup>5</sup>. La sola palabra produce rechazo. Si una realidad tan fuerte como el ideal de belleza, produce estas reacciones de fondo y estos contrastes es porque es importante y porque está en crisis. Por eso también la urgencia de estas páginas para invitar a distinguir más verazmente la belleza.

Y un último comentario sobre lo apremiante del tema: queda comprometido el sentido de la libertad. Ratzinger, en “El espíritu de la liturgia” lo explica con agudeza al hablar de la belleza artística (lo subrayado es nuestro): “Creatividad” significa que, en un mundo privado de sentido, al que se ha llegado por una evolución ciega, el hombre crea finalmente un mundo nuevo y mejor, partiendo de sus propias fuerzas. En las modernas teorías del arte se alude con ello a una forma nihilista de creación: el arte no debe imitar nada; la creatividad artística es el libre gobierno del hombre, que no se ata a ninguna norma ni a finalidad alguna, y que tampoco puede someterse a ninguna pregunta por el sentido. Puede que en estas visiones se perciba un clamor de libertad que, en un mundo dominado por la técnica, se convierte en un grito de socorro. El arte, así concebido, aparece como el último reducto de la libertad. El arte tiene que ver con la libertad, eso es cierto. Pero la libertad así concebida está vacía: no libera, sino que deja que aparezca la desesperación como la última palabra de la existencia humana. Cfr. Ed. Cristiandad, Madrid (4ª edición), 2007, pág. 210-211.

---

<sup>5</sup> von Balthasar, Hans Urs , *Gloria. Una estética teológica. La percepción de la forma*, Ed. Encuentro, Madrid, 1985, pág 22.